

BOLETIN DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

AÑO II

MAYO—AGOSTO 1946

NUMERO 2

ORIENTACION FILOLOGICA DE LEIBNITZ

APUNTES TRAZADOS CON OCASION DEL TERCER CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE DICHO FILOSOFO

Podrá parecer extraño que juzgara digno de consideración el tema que rotulo: *Orientación filológica de Leibnitz*. Acaso se habrá supuesto que esa rotulación está equivocada, y que podrá y deberá ser sustituida por esta otra: *Orientación lingüística de Leibnitz*. Al filósofo y matemático de Leipzig, al famoso teorizador de la “harmonía preestablecida” y del cálculo diferencial, no se han negado nunca títulos de lingüista insigne, pero de ordinario no se ha creído que ese docto cultivara con verdadero fruto la Filología. Sin embargo, advertiremos que esa generalizada opinión, no es acreedora a un incondicional asentimiento. Y no pensamos ahora en las necesarias e inexcusables relaciones que han mantenido, mantienen y mantendrán siempre los conocimientos filológicos con los conocimientos lingüísticos: nos referimos en este momento tan sólo a nuestro caso particular, a Leibnitz y a su no siempre debidamente subrayada “orientación filológica”.

Uno de los más recientes biógrafos del filósofo de Leipzig, el malogrado filósofo español D. Manuel G. Morente¹ dice de Godofredo Guillermo Leibnitz: “Aprendió el griego y el latín desde la niñez, y su destino científico y filosófico quedó

¹ G. W. Leibnitz, *Opúsculos filosóficos*. La traducción del alemán ha sido hecha por Manuel G. Morente. Madrid, Calpe, 1919, pág. 7.

marcado y sellado al nacer. Asimilóse pronto la literatura antigua y la filosofía escolástica”.

Pero debemos a Mr. de Fontenelle, en su ya clásico *Éloge de Mr. de Leibnitz*², todavía más precisas referencias que las que acabamos de citar respecto a la formación literaria y humanística del autor de la *Monadología*. Leibnitz sabía de memoria un buen número de las principales producciones de los poetas de la “aetas aurea” de las Letras latinas, y se aseguraba que hasta en la senectud, el filósofo alemán citado hubiera podido recitar casi íntegramente las principales poesías “virgilianas”. (Suponemos que estas indicaciones deberán ser referidas al llamado *Vergilius Maior*, no al denominado, en obligada contraposición, *Vergilius Minor*, del que no nos consta tuviera noticia nuestro autor). Tan envidiable conocimiento de los clásicos del siglo de Augusto, permitió a Leibnitz componer en un día trescientos versos latinos, sin autorizarse ni una sola elisión: semejante *virtuosismo* supone extraordinaria destreza en el manejo de la lengua de Cicerón y de Horacio, que alcanzó consagración definitiva en el poema latino compuesto por nuestro filósofo a la muerte de su protector el duque Juan Federico de Brunswick. De este poema dice el citado Fontenelle que es una excepción en su género, puesto que en dicha composición, su autor, por elaborar versos latinos, no se creyó excusado de dar a los hexámetros contenido ideológico, emulando las glorias de Lucano y superando incluso las dotes creadoras del autor de la *Pharsalia*. No conocemos más que fragmentariamente el aludido poema de Leibnitz y no podre-

² *Oeuvres de Locke et Leibnitz contenant l'essai sur l'entendement humain, revu, corrigé et accompagné de notes, par M. F. Thurot. . . ; l'éloge de Leibnitz par Fontenelle, le discours sur la conformité de la foi et de la raison, l'essai sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal, la controverse réduite a des arguments en forme.* A Paris, chez Firmin Didot frères, libraires, imprimeurs de l'Institut de France. . . MDCCCXXXIX. El “*Éloge de Mr. Leibnitz* par M. de Fontenelle” ocupa en este tomo las págs. 477 a 492, ambas inclusive, y esa pieza oratoria se abre con un error cronológico, no salvado en algunas traducciones al español, pues textualmente se afirma en las primeras líneas de dicho panegírico: “Gode-froi- Guillaume Leibnitz naquit à Leipsick, en Saxe, le 23 juin 1649”. . . Adviértase que en los tipos de imprenta, el 9 no es más que un 6 invertido; de esta manera nos explicamos bien la errata no salvada.

mos, por tanto, aceptar o rechazar, sin más pruebas, las precedentes aseveraciones de Fontenelle, pero podremos afirmar, sin vacilación alguna, que los treinta y dos hexámetros que hemos leído e interpretado de la producción de referencia, son acreedores a los más sinceros elogios y merecerán el honor de una detenida glosa en otro lugar y momento. (Vid. *Apéndice A* al fin del presente "ensayo"). Y nada podremos decir de la pericia del mismo Leibnitz como cultivador de la poesía en lengua francesa, o en lengua alemana, ni de las tentativas de dicho filósofo de estimular la composición, o de componer directamente un poema titulado *Uranias*, porque de estos interesantes extremos no hemos podido obtener, en el momento de ordenar nuestras "notas", las informaciones precisas e indispensables. Séanos permitido indicar tan sólo, en forma incidental y de pasada, que Leibnitz no se vió libre en sus escauceos poéticos últimamente mencionados de acerbas censuras, en las que llegó a esgrimirse contra nuestro autor el arma mortífera del ridículo. Se ha querido trivial, superficialmente suponer que el filósofo es por esencia *ἀμouσος* (*ámouσos*), cuando la especulación filosófica más profunda y elevada, escala no pocas veces las más altas cimas de la creación poética. Y nada decimos de la "poesía esencial" que inside en la concepción filosófica *leibnitziana*, porque este interesantísimo extremo ha sido ya magistralmente dilucidado por mi insigne compatriota D. Luis de Zulueta³. Mas no podremos decidir —ya lo hemos dicho— si, en el caso de Leibnitz, las censuras de los detractores de los versos en lenguas modernas del citado filósofo, son o no legítimas y justificadas. Y no es sólo nuestra nunca bastante lamentada falta de información la causa determinante de esta inhibición inexcusable; es que además en nuestro particular estudio de la orientación filológica de Leibnitz, no hemos juzgado causa de "especial y previo pronunciamiento" la de las aptitudes creadoras en el orden literario-poético del famoso autor de la *Monadología*.

Mas a través de los incompletos precedentes que acabamos

³ *Centenario de un filósofo: La poesía de Leibnitz*, por Luis de Zulueta ("Hoja literaria" de *El Tiempo* de Bogotá, 21 julio 1946).

de registrar, llegamos a la evocación de un crucial momento en la vida del filósofo de Leipzig. Este docto pudo acaso no ser un predilecto de las Musas (aunque no todas las más autorizadas opiniones de los críticos coincidan en esa valoración pesimista), pero fué, sin duda, un conocedor perito, *peritísimo* diríamos mejor, de las lenguas clásicas, de las que pudo recoger y utilizar las más delicadas y exquisitas esencias expresivas. Si las anteriores referencias acreditan la exactitud de estos asertos por lo que a los conocimientos de Leibnitz en la Literatura clásica latina respecta, un cardinal suceso, que ahora mencionaremos, comprueba elocuentemente la formación de dicho filósofo en la ciencia de las Letras griegas. Entre las obras filosóficas de la juventud de Leibnitz debemos citar, muy en primer término para nuestro objeto, la titulada *Dissertatio de stylo philosophico Nizolii*⁴. Sabido es que esta producción se refiere muy principalmente a la obra de Marius Nizolius de Bersello conocida con el epígrafe *De veris principiis et de vera ratione philosophandi contra pseudo-philosophos*, que vió la luz de la publicidad el año 1553. Cónstanos también que para Nizolius, los *pseudo-filósofos* no son más que los escolásticos de todos los tiempos, deformadores más o menos conscientes, más o menos inconscientes de las doctrinas básicas del Estagirita. La mencionada obra de Nizolius tenía caracteres de un verdadero exabrupto contra las monstruosidades conceptuales y verbales de la peor Escolástica, pero alcanzaba a herir con sus buídas diatribas legítimos valores ideales, como el que cabe reconocer en la filosofía tomista. En los momentos que inmediatamente siguieron a la aparición del

⁴ Tal *Dissertatio* era un verdadero "prefacio", compuesto el a. 1670 y en el que su autor intenta conciliar el nominalismo con la legitimidad de la demostración silogística, al considerar los universales no como simples colecciones de hechos singulares, sino como indefinidas posibilidades en la semejanza. Leibnitz, en carta a Thomasius del a. anterior, de 1669, declara que abandona el atomismo de Gassendi por el cinematismo cartesiano, intentando una conciliación entre la física de Aristóteles y la de los modernos, porque se reducen las causas segundas del Estagirita, la materia, la forma y el cambio, a la magnitud, la figura y el movimiento de Descartes. Advirtamos también que se cita a Nizolius como autorizado autor de un *Lexicon Ciceronianum* en las exposiciones de Historia del humanismo. Vid. *History of latin scholarship* by Sir John Sandys, págs. 852 y 861. Facciolati dió forma satisfactoria en 1738 al *Lexicón* citado de Nizolius.

texto *De veris principiis*, esta obra no llegó a producir eficaces, renovadores y depuradores efectos; acaso resultaba por excesiva, ineficaz su crítica, o acaso las conciencias no habían podido aun alcanzar la elevación necesaria para emanciparse del Aristóteles del Medievo, y dispensar la obligada acogida al Aristóteles del Renacimiento. De todas suertes, no puede ni debe extrañarnos que una obra de la envergadura de la últimamente citada de Nizolius, no produjese inmediatos efectos en la segunda mitad del xvi y llegara a alcanzarlos en la segunda mitad del xvii, muy principalmente por obra de nuestro filósofo. Mas adviértase que para editar y comentar Leibnitz el tratado *De veris principiis*, cree oportuno y hasta necesario escribir su *De stylo philosophico Nizolii*. En otros términos más claros: nuestro filósofo piensa que para utilizar la producción susodicha de Nizolius, necesita dilucidar extremos de Estilística, que son siempre temas de especialísima índole filológica⁵. Sospechamos que este fundamental aspecto, no ha sido siempre recogido con la atención que, sin duda, merece. Leibnitz, con clara visión de las realidades históricas de su tiempo, pero, sobre todo, con muy segura presciencia de las perspectivas del futuro científico, muestra envidiable ecuanimidad juzgando a Nizolius. No siente por este innovador nuestro filósofo irreflexivas e injustificadas admiraciones, pero tampoco silencia la justa mención de los indiscutibles aunque parciales méritos del susodicho encarnizado debelador de la Escolástica. Es más, Leibnitz se cree hasta en el deber de defender a veces a Aristóteles y a Sto. Tomás de las apreciaciones en extremo apasionadas y, por ende, excesivas de Nizolius. Cuando el

⁵ Hasta del tono general del discurso y del *decoro* del mismo, se preocupó seriamente nuestro autor, quien razonó así acerca de la "modestia que hay que observar en el lenguaje": "No me es posible pasar en silencio la censura que creo merece el defecto en que incurrieron muchos italianos, del cual tampoco se han corregido hasta hoy algunos autores alemanes. Aludo al gusto que muestran de servirse en sus escritos de ciertas maneras de expresarse poco discretas; tampoco puedo dejar de alabar suficientemente la modestia de los escritores franceses, que procuran evitar en todas sus obras, no sólo esa índole de palabras y modos de expresión, sino también el sentido dudoso. Los franceses no se permiten tampoco voluntariamente esos equívocos en sus diversiones o pasatiempos y en sus bromas, que pudieran interpretarse en sentido indecente". Leibnitz, *Pensamientos* (Madrid, 1934), pág. 151.

autor de la *Monadología*, a través de una depuración estilística como la que acabamos de registrar, mantiene en términos de clara objetividad la significación histórica y filosófica del aristotelismo, puede bien decirse que logra su definitiva y más fecunda incorporación a la excelsa sociedad de los grandes pensadores de su época. Porque adviértase bien lo que significaba en realidad conocer a fondo el *estilo filosófico* de Nizolius. Suponía, sin duda y desde luego, remover o, cuando menos, sortear los principales escollos de la deformación "aristotélica" medieval, pero sin incidir en superficiales subestimaciones de las cardinales doctrinas filosóficas del Estagirita, deprimidas o incomprendidas no pocas veces por sus aparentes defensores renacentistas. Las dosis de equilibrio mental, de medida dialéctica y de acuidad de visión interior precisas para llevar a cabo la delicadísima discriminación indicada, no podrán ser nunca encarecidas debidamente. Mas dígasenos si, para alcanzar esos soberbios resultados, había posibilidad de seguir otra ruta que la del conocimiento entrañado y entrañable de la lengua griega clásica, cuando menos en su faceta particularmente filológica. No nos consta que Leibnitz escribiera en griego, como nos consta que escribió en latín, con tanto desembarazo como elegancia y densidad de pensamiento; sospechamos incluso que nuestro autor, como no pocos humanistas europeos y americanos de los siglos XVI y XVII, tendría más facilidad para expresarse en latín que para escribir en griego, pero de todas suertes, su genial apreciación del estilo filosófico de Nizolius, le concede un lugar relevante entre los filólogos de la lengua de Platón y de Aristóteles.

Con este precedente, de considerable importancia, no podrá extrañarnos que, leyendo los tratados filosóficos y las monografías eruditas del insigne Leibnitz, las referencias de orden etimológico que en esas obras hallemos, alcancen, en la generalidad de las ocasiones, manifiestos aciertos por lo que al comentario semasiológico de los términos griegos principalmente concierne. Y a título de ejemplo de la, cuando menos, relativa exactitud de la observación precedente, medítese sobre el siguiente pasaje de los *Nuevos ensayos acerca del entendi-*

miento humano: "La definición de Aristóteles del movimiento no es tan absurda como se cree, por no fijarse en que el griego κίνησις (*kinēsis*), no es para él (e. d., para el Estagirita) lo que nosotros llamamos movimiento, sino lo que expresaríamos por la palabra *cambio*, en vez de que a lo que nosotros llamamos *movimiento*, él lo llama φορά (*phorá*), *latio*, y se encuentra entre las especies del cambio (τῆς κινήσεως) (*tēs kinēseōs*)⁶. Dígasenos si en la segunda mitad del xvii, eran fre-

⁶ El pasaje citado en el texto procede de la obra de Leibnitz titulada *Nouveaux Essais sur l'entendement humain*, lib. III, cap. II, que no he podido consultar directamente más que alguna vez después de terminada la recolección de mis "notas" para este trabajo en el ejemplar de la biblioteca de las Facultades eclesiásticas de la Universidad Pontificia Javeriana y merced a la bondad del R. P. Félix Restrepo, a quien testimonio aquí mi sentida gratitud. Antes de tener noticia del citado ejemplar del texto original, he hecho uso para mis extractos y citas de dos versiones españolas de tales *Nouveaux Essais* así rotuladas: *Biblioteca filosófica, Obras de Leibnitz puestas en castellano por Don Patricio de Azcarate*, Tomo III, Madrid, Casa Editorial de Medina, *Nuevo ensayo sobre el entendimiento humano*, II, y G. W. Leibnitz, *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano*, Traducción del alemán por Eduardo Ovejero y Maurý, M. Aguilar editor, Madrid. Confieso que no me inspiran completa confianza estas dos versiones, que he coleccionado en más de una ocasión sin resultado y en las que desde luego advertí que el rótulo *Nouveaux Essais*, ha sido mal interpretado o *Nuevo ensayo* por D. P. A., o *Nuevo tratado* por D. Eduardo Ovejero. Y de esa rotulación *Nouveaux Essais* si tengo irrefutables testimonios. En el tomo (citado en la 2ª nota de este trabajo) de *Oeuvres de Locke et Leibnitz*, al fin del *Essai* de Locke y en la pág. 469, leo estas palabras: "Les notes, au nombre de 317, qui accompagnent cette nouvelle édition de l'*Essai* de Locke, sont extraites, ainsi que l'*Avant-propos* qui se trouve dans le premier volume, d'un livre intitulé: *Oeuvres philosophiques latines et françaises de feu M. de Leibnitz, tirées de ses manuscrits qui se conservent dans la bibliothèque royale à Hanovre, et publiées par M. Rud. Eric. Raspe, avec une préface de M. Kaestner, professeur en mathématiques à Göttingue* (vol. in 4º de 540 et XV) pages; Amsterdam, 1765). La partie la plus considerable de ce volume est un traité, en forme de dialogue, ayant pour titre: *Nouveaux Essais sur l'entendement humain, par l'auteur du Système de l'harmonie préétablie*; Leibnitz y a suivi la division des livres, des chapitres et des paragraphes du livre de Locke". Y las precisas referencias que se registran en el texto que acabo de copiar, hallan plena comprobación en el ejemplar de la biblioteca de las Facultades eclesiásticas de la Universidad Javeriana de Bogotá, al que me he referido en las primeras líneas de esta nota. Dicho ejemplar lleva la portada siguiente: Leibnitz, *Nouveaux essais sur l'entendement humain*. Paris, Ernest Flammarion, éditeur. Y en este mismo texto, en sus págs. 7 y 8, hallamos una breve "historique des Nouveaux essais", en la que después de referir el origen de dicha producción al propósito de impugnar las tesis del *Ensayo* respectivo de Locke y de narrar los comienzos de la redacción de la misma en los "ratos perdidos" de un veraneo de Leibnitz en Herrenhausen el a. 1703, se nos dice lite-

cuentas y generalmente usadas estas discriminaciones semánticas, y si se reconoce que tales prácticas eran entonces rarísimas y que no son ni siquiera hoy todavía tan generales como deberían ser y convendría fueran, dedúzcase de esas notorias premisas la obligada consecuencia para dar el debido valor a la escrupulosidad filológica de Leibnitz.

Mas no creamos que nuestro autor se limitó a conocer fundamentalmente los más delicados matices de los sentidos de las palabras y de los giros de los dos idiomas clásicos griego y latino. Desde luego no se olvide que las más delicadas técnicas de la Semasiología, suelen ir unidas y hasta deben ir unidas en la generalidad de las ocasiones a los más profundos conocimientos de las realidades históricas y filosóficas expresadas en los vocablos, cuyos sentidos y acepciones interesa precisar y explicar. *Wörter und Sachen, Palabras y Cosas* es una expresión ya tradicional, que ha servido de rótulo a una prestigiosísima revista germana, en la que el lingüista y filólogo Meringer dió elocuentes testimonios de sus justos anhelos de explicar los valores semánticos de las palabras evocando, con la debida precisión, las realidades en los vocablos expresadas. Esa posición severamente realista en la orientación filológica, fué adoptada por Leibnitz, de quien son los razonamientos que formulamos a continuación: "Los romanos son inferiores a los griegos en todo género de doctrinas. De los griegos to-

ralmente: "Ces remarques (las que nuestro filósofo hizo a la citada obra de Locke), sous forme de dialogue entre deux interlocuteurs fictifs, Philalèthe et Théophile, l'un partisan de Locke, l'autre de Leibnitz, prirent bien vite les proportions d'un livre, qui fut terminé dès l'année 1704. Leibnitz résolut de publier son ouvrage. Il le fit revoir, au point de vue de la forme, par deux savants français, MM. Hugony et Barbeyrac. La révision ne commença guère qu'en 1705: entre temps, Locke mourait. Par une pensée de délicatesse à l'égard d'un adversaire qui ne pouvait plus se défendre, Leibnitz écrivit le 26 mai 1705 a Burnett: "La mort de Mr. Locke m'ôte l'envie de publier mes remarques sur ses ouvrages; j'aime mieux publier maintenant mes pensées independemment de celles des autres" . . . Le manuscrit ne fut publié que quarante-neuf ans après sa mort [1716 + 49 = 1765, fecha antes ya recogida] par Raspe, dans les *Oeuvres philosophiques latines et françaises de feu M. de Leibnitz*" etc., etc. Con referencias tan precisas, terminantes y congruentes, no queda bien parada la fidelidad de las versiones españolas mencionadas, pero recordaremos la conocida sentencia: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*.

maron en préstamo los romanos la filosofía, la medicina, las matemáticas y todo lo que por su parte añadieron a esas importaciones, es de poca consideración. No son superiores a sus maestros más que en la jurisprudencia, si bien es verdad que de los mismos griegos recibieron las simientes del derecho, mas estas simientes, cultivadas con los cuidados de sus importadores, en parte alguna han producido frutos más abundantes y magníficos que en Roma. Es en este único respecto en el que se puede verdaderamente afirmar que los romanos han vencido y superado a todos los pueblos de la tierra. Excudent alii spirantia mollius aera, | credo equidem, vivos ducent de marmore voltus, | orabunt causas melius, caelique meatus | describent radio, et surgentia sidera dicent: | tu regere imperio populos, Romane, memento; | hae tibi erunt artes; pacique imponere morem, | parcere subiectis, et debellare superbos. [*Aen.* VI, 847-853]. He dicho frecuentemente que después de los escritos de los geómetras, no hay nada que pueda compararse, por la fuerza y la solidez, a los escritos de los jurisconsultos romanos: de tal manera han condensado estos doctos sus razonamientos, de tal manera han profundizado en el estudio de sus temas. Pero este rasgo de coincidencia entre las obras de los geómetras y las de los jurisconsultos romanos, determina otra similitud no menos notable. Si tomamos de las producciones de Euclides, de Arquímedes o de Apolonio la demostración de un lema de Geometría, y presentamos tal demostración sin títulos y sin cualquiera otro indicio de la obra de que proceda, se sentirá gran embarazo para designar el autor de dicho texto matemático: hasta tal punto se asemejan en su estilo los distintos geómetras, como si la recta razón hubiese hablado por sus bocas, sin discriminación alguna. Igualmente hay tal conformidad entre las exposiciones habituales de los jurisconsultos romanos, que si se suprimen las decisiones que ayudan a reconocer el origen de las opiniones y de los razonamientos, es casi imposible distinguir cuál de aquellos juristas sea el autor del texto que se examine en las indicadas circunstancias, basándose tan sólo en diferencias de estilo. Jamás el derecho natural ha sido tan frecuentemente interrogado, tan fielmente oído y tan puntualmente seguido

como en las obras de esos grandes hombres. Y cuando a veces se han desviado de ese derrotero para conservar ciertas tradiciones de sus antepasados, siguiendo escrupulosamente sus fórmulas, o incluso estableciendo nuevas leyes, razonan sobre tal hipótesis arbitraria, añadida a las normas inmutables de la recta razón y deducen de aquélla las consecuencias, con una sagacidad en verdad admirable y una solidez que no lo es menos”⁷.

Del texto de Leibnitz que acabamos de parafrasear más que de traducir literalmente, cabe obtener una estimable enseñanza. Nuestro filósofo, eximio jurisconsulto también, conocía las esencias expresadas en las formas de la lengua jurídica romana con especial acuidad y profundidad de visión intelectual, que le acredita de experto filólogo en el campo de la Filología clásica. No necesitaremos subrayar que el reconocimiento de fuentes griegas en el primitivo derecho romano, acredita a nuestro autor de ser y profundamente informado en la materia de referencia. Réstanos tan sólo añadir a lo expuesto que para alcanzar esa orientación más que realista, objetiva y fundamental de las labores filológicas a que acabamos de referirnos, nuestro filósofo se halló en circunstancias verdaderamente envidiables. Sus amistosas relaciones con los duques de Brunswick, le depararon el grato nombramiento de bibliotecario de Hannover, y en tal situación se inicia para Leibnitz un período de fecundo reposo, de “ocio letrado”, que permitió a nuestro filósofo concebir y escribir la *Historia* de la casa de los mencionados señores. En efecto, para trazar con sólida documentación la *Historia de la casa de Brunswick*, el filósofo de Leipzig hubo de entregarse a investigaciones de prehistoria germánica, echando de esa manera los cimientos de la geología, de la antropología prehistórica e incluso de la lingüística. Así advertimos que para sus propias disquisiciones lingüísticas, más de una vez el filósofo Leibnitz utiliza sus conocimientos y sus recuerdos del antiguo alto alemán, con el que sin duda llegaría a familiarizarse entregado a las eruditas labores de la composi-

⁷ *Epist. ad Kestnerum*, ap. Fontenelle, *op. cit.*, pág. 48r.

ción de la mencionada *Historia*⁸. Y si añadimos a esta referencia la no menos interesante de la facilidad y de la destreza que Leibnitz alcanzó en el uso literario del francés, tendremos recogidas las indicaciones principales para plasmar una imagen adecuada de la formación filológica del citado filósofo. Nuestro autor escribió preferentemente en latín y en francés, utilizando con menos frecuencia el alemán, cuya etiología, sin embargo, como acabamos de indicar, atrajo su erudito interés en los trabajos realizados para componer la *Historia de la casa de Brunswick*. No nos extrañe, por tanto, tampoco que en las exposiciones lingüísticas, Leibnitz también pueda referirse a sus nada desdeñables informaciones acerca de la Filología románica: la lengua francesa era, es y será siempre genialísimo representante de las lenguas romances.

Llegados ya a este punto de nuestra exposición, nos será permitido, para continuarla con recomendable coherencia, formular algunos inexcusables razonamientos. La orientación filológica de Leibnitz aparece localizada, como hemos visto, en el profundo conocimiento de los idiomas clásicos y de las culturas clásicas, así como en el no menos estimable de la prehistoria germánica y de algunos sectores de las lenguas y culturas románicas. Si todavía añadimos a esta enumeración que, como veremos más adelante, Leibnitz no estaba ayuno de conocimientos en lenguas semíticas, se reconocerá que nuestro

⁸ Los hechos, sumariamente narrados en el texto, merecen una más precisa mención en nota. Leibnitz, en medio de su intensa actuación política, sintió siempre gran devoción por los intereses de Hannover, que contribuyó a convertir en Electorado el a. 1692. Escribió además nuestro autor la historia de la casa de Brunswick-Lunebourg y para remontarse a las fuentes en esa erudita labor, recorrió de 1687 a 1690 Alemania e Italia, investigando en las bibliotecas más importantes y entregándose a la más severa crítica documental. Como consecuencia inmediata de estos primeros trabajos, nuestro filósofo comenzó en 1701 y continuó durante seis años después la publicación de una serie de documentos rotulada *Scriptores rerum Brunsvicensium illustrationi inservientes*, mas el trabajo personal, elaborado con esos elementos documentales y titulado *Annales Brunsvicenses*, quedó incompleto, inacabado a la muerte de Leibnitz. Este autor se remonta en sus investigaciones citadas a la época prehistórica de Alemania, basando sus conjeturas en la geología y en la filología, e inquiriendo el determinismo de los hechos con criterios que permiten recordar la técnica histórica del famoso historiador griego Tucídides.

autor hubo de hallarse muy particular y dichosamente dotado de elementos lingüísticos de inestimable valor instrumental para sus fundamentales labores filosóficas y especulativas de toda índole. Ahora bien, con estos precedentes podremos advertir que la línea del proceso evolutivo de la personalidad que estudiamos, presenta acusadas direcciones en su cardinal trayectoria. Leibnitz, en plena juventud, afirma su consagración a la filosofía, definiendo a la par su certera orientación filológica en el campo de la Filología clásica. Es entonces cuando nuestro autor, en profundo contacto con la filosofía clásica y medieval, se capacita para iniciar sus propias originales rutas, que superan la posición cartesiana y que, henchidas de futuro, prefiguran una buena parte de la filosofía germánica moderna y contemporánea. Se me excusará que en este capital aspecto de la personalidad científica de Leibnitz, no me crea autorizado a insistir, porque tan interesante tema ha sido ya dilucidado por autorizadísimos expositores de la filosofía *leibnitziana*. Pero sí me será lícito formular esa concisa evocación del panorama de la evolución histórica de la filosofía de Leibnitz, para basar mi "razón de método" en semejante razonada perspectiva.

Nuestro filósofo aparece claramente como tal y con manifiesta personalidad especulativa, filosófica, cuando filológicamente se define, permitiéndonos conjeturar que tal definición y tal caracterización, mantienen entre sí verosímiles nexos causales. Sospechamos, en suma, que Leibnitz es conducido a la Filosofía por la Filología, pero si no nos fuera lícito formular esa audaz hipótesis, diríamos que, cuando menos y sin discusión, nuestro filósofo llega a la mayor edad filosófica del brazo de la formación filológica. Esta acompaña y condiciona a aquélla, sin duda alguna, para cimentar y abrir nuevos y fecundos derroteros. El filólogo-filósofo, o filósofo-filólogo, halla la madurez de su genialidad filosófica recorriendo sectores ya no estrictamente filológicos, sino clara y notoriamente lingüísticos. Si la Filología abre las puertas de la especulación filosófica, o, por lo menos, acompaña y condiciona el ingreso en el santuario de la Filosofía, ésta, a su vez, permite que el

filólogo se transforme en lingüista. Parece como si el estudio filológico de las lenguas, situara y condicionara en el campo de la especulación metafísica, para que luego de la Filosofía en plena madurez irradiaran luces destinadas a iluminar las investigaciones lingüísticas. No se dé a esta hipótesis eurística, que juzgamos muy verosímil, indebida estimación, ni una interpretación estricta y rigurosísima, que no puede pretender, ni pretende en modo alguno. Con la amplitud razonable y exigible interpretada dicha conjetura, explícate bien y por completo que hayamos querido y hasta lógicamente necesitado referirnos a *Leibnitz filólogo*, antes de tratar de *Leibnitz lingüista*, segunda parte de la presente disertación.

Así pues, recogiendo e interpretando las muy contadas referencias halladas en nuestra modestísima investigación previa, hé aquí cómo concebimos sintéticamente la orientación filológica de Leibnitz. El filósofo de Leipzig, nacido y criado en un ambiente familiar docto y austero, muy pronto se pone en estrecha relación intelectual con las lenguas y las culturas del mundo clásico greco-latino. Y llegan a Leibnitz de los idiomas y de las culturas clásicas, depuradas y fecundas esencias ideales, que le consienten utilizar el latín con eficacia y ágil desembarazo en sus propias disertaciones, y conocer el griego con la profundidad indispensable para penetrar, a través de él, en los más delicados matices del pensamiento filosófico de la Hélade. La vocación filosófica y matemática de nuestro autor, halla en esa cimentación humanística no sólo un complemento instrumental de un valor inapreciable, sino una base y un estímulo de extraordinaria importancia. Piénsese si era posible en el ambiente geográfico e histórico en que Leibnitz inicia su actividad filosófica y erudita, actuar con suficiente eficacia al margen de una sólida y depurada formación clásica y humanística. Tal formación, en cambio, permitió a nuestro filósofo tomar posiciones en las rutas ideales del pensamiento de su época, recogiendo inexcusables precedentes del pasado para abrir, señalar e incluso seguir nuevos derroteros. No creemos, sin embargo, imposible que sin formación clásica, Leibnitz ilustrara los anales de la Historia de la Filo-

sofía con hazañosas conquistas, pero sí nos atrevemos a asegurar que la más fecunda trayectoria del pensamiento *leibnitiano*, "necesitó" establecer continuidad y contactos con la especulación filosófica helénica y con la Escolástica medieval. Para que tales continuidad y contactos pudieran parecer y ser meramente recomendables, mas nunca precisos, tendríamos que alcanzar la persuasión de que ni la Filosofía helénica, ni la Escolástica han sido verdaderos, auténticos e insustituibles valores en la historia del pensamiento humano, y nos hallamos a inmensa distancia de esa opinión demoledora e infundada.

Pero advirtamos que la formación clásica de Leibnitz es un valor ideal no sólo de preciados quilates, sino también de muy compleja significación. Si indudablemente la vocación filosófica y matemática del susodicho Leibnitz aparece —cuando menos— condicionada, y dichosamente condicionada, por la cultura humanística de nuestro citado autor, no es menos cierto que de la Filosofía derivan para la Filología indiscutibles y, en general, muy favorables consecuencias doctrinales e ideales. Un filólogo puro, o casi puro, puede sentir inclinación a recluírse de por vida en su especialidad filológica, sin intentar excursiones, más o menos audaces, a los territorios vecinos de la Lingüística, o de la Filosofía. Mas un filólogo doblado de filósofo y de matemático, es casi imposible que se crea dispensado de entrar en las rutas de la Lingüística más trascendental, más filosófica. Y esta explicable particularidad ha sido en no pocos casos averada, pero en forma especialísima, en lo que concierne a la compleja y rica vida científica de nuestro filósofo. Leibnitz filólogo, filósofo y matemático, es, en obligada consecuencia dialéctica, lingüista también y lingüista, como veremos, de geniales alientos, de anticipaciones gloriosas. Si, como creemos, son plenamente justificadas y verosímiles las precedentes consideraciones, en el estudio de la personalidad filosófica de Leibnitz no se puede, mejor diríamos, no se debe prescindir de contemplar y registrar la faceta filológica y la propia faceta lingüística de tan genial autor.

Sin embargo, esta razonable exigencia queda insatisfecha en un buen número de estudios monográficos consagrados a

evocar la personalidad científica del famoso autor de la *Monadología*. Las exposiciones, ordinaria y necesariamente sumarias, de Historia de la Lingüística en los tratados de Lingüística general, con lamentable frecuencia no ofrecen mención alguna de Leibnitz (como ocurre, por ejemplo, en los textos de Bloomfield⁹ y de Saussure¹⁰), si bien, en ocasiones, sobrias y acertadas referencias, como las de las obras de Pedersen¹¹ y Gray¹², al filósofo de Leipzig en su condición de precursor de los fundadores Rask y Bopp, atenúan el lamentable efecto de las premencionadas dolorosas pretericiones. Y si son ciertamente en algún modo explicables las susodichas omisiones, debemos reconocer que no se justifican de ninguna manera y que merecen ser salvadas o atenuadas, en los límites asequibles a los mejores y más abnegados esfuerzos. No ya sólo se intentará así satisfacer los más severos dictados de la justicia equitativa, sino que también de ese modo se logrará penetrar más profundamente y con más eficacia en el estudio de los capitales problemas de la ciencia del lenguaje o de la Lingüística general. Precisamente si en Leibnitz advertimos una cierta *dispersión* especulativa, en los lingüistas modernos cabe lamentar por el contrario y en no pocas ocasiones una tendencia exagerada a la especialización a ultranza, no siempre beneficiosa y hasta en algunos casos peligrósima.

Y con toda esta larga previa introducción será ya oportuno que nos refiramos a la significación que cabe atribuir a Leibnitz como lingüista. Pero a título de proemio de tan interesante estudio, oigamos como el propio Leibnitz concreta —en lo posible— sus anhelos de crear una lengua universal. En carta a Mr. Remond de Montmort nuestro filósofo dice: “Si hubiese sido menos distraído, o más joven, o me hubiera ha-

⁹ *Language* by Leonard Bloomfield, New York, Henry Holt and Company.

¹⁰ Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale publié par Charles Bally... et Albert Sechehaye... avec la collaboration de Albert Riedlinger*, 3e édition, Payot, Paris.

¹¹ *Linguistic science in the nineteenth century Methods and results* by Holger Pedersen..., *Authorized translation from the danish by John Webster Spargo...*, Cambridge, Harvard University Press, 1931. Págs. 9, 10, 118.

¹² *Foundations of Language* by Louis H. Gray..., New York, The Macmillan Company, págs. 433, 436.

llado asistido de jóvenes bien dispuestos, abrigaría la esperanza de dar una a manera de *especiosa general* (*spécieuse générale* leo en el texto original, que literalmente traduzco), donde todas las verdades de razón fuesen reducidas a una manera de cálculo. Eso podría ser al mismo tiempo una a modo de lengua o de escritura universal, pero infinitamente diferente de todas las que se han proyectado hasta ahora, pues los caracteres y las palabras incluso dirigirían allí la razón, y los errores, exceptuados los de hecho, no serían en tal supuesto más que errores de cálculo. Sería muy difícil formar o inventar esta lengua o característica, pero muy cómodo aprenderla, sin auxilio de diccionarios. Serviría también como medio de estimar los grados de verosimilitud, cuando no disponemos de *sufficientia data* para llegar a la adquisición de verdades ciertas, y como medio de ver lo que es preciso para suplir estas últimas. Semejante estimación sería muy importante para los usos de la vida y para las deliberaciones de la práctica, donde, valorando las probabilidades, con frecuencia erramos en más de la mitad de nuestros juicios”¹³. No se podrá negar que los anhelos de que acabamos de hacer circunstanciada mención, son verdaderamente ambiciosos y sugestivos. Mas de la eficacia de los recursos que nuestro filósofo propone para convertir en realidades tan nobles sueños, no deberemos hacernos excesivas ilusiones. El mismo Leibnitz no se siente siempre muy esperanzado de llevar a feliz término su proyecto de lengua y escritura universales, cuando en una segunda carta se expresa en estos términos: “Si he conseguido animar a hombres excelentes a que cultiven el cálculo infinitesimal, es porque he podido darles muestras considerables de su uso... Pero yo he hablado de mi *especiosa general* al Sr. Marqués de l’Hôpital y a otras personas, quienes no me han prestado más atención que si les narrase un cuento. Hubiera hecho falta que yo apoyase mi tesis susodicha con algún uso palpable, pero para lograr ese efecto, hubiese sido preciso fabricar una parte al menos de mi característica, lo que no era hacedero, ni asequible en el estado en que me encuentro, y sin la comunicación con

¹³ Ap. Fontenelle, *op. cit.*, págs. 488-489, n. 1.

personas que me pudieran animar y asistir en trabajos de esta naturaleza”¹⁴. Pero si el filósofo de Leipzig no se permite acariciar muchas esperanzas respecto a la viabilidad de su *característica*, de su *especiosa general*, procede, sin duda, con mesura obrando de tal manera, pues su mencionada innovación distaba y dista mucho de las posibilidades de una práctica relativamente asequible a la generalidad de los mortales. En sus ya citados *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*¹⁵ Leibnitz nos dice: “Se podría introducir un *carácter universal*, muy popular y mejor que el de los chinos, si se empleasen pequeñas figuras en lugar de palabras, que representarían las cosas visibles por sus rasgos característicos y las invisibles por las visibles que las acompañan, añadiendo ciertas señales adicionales convenientes para hacer oír las inflexiones y las partículas. Ese procedimiento serviría en un principio para comunicar cómodamente con naciones distantes, mas si se introdujera también entre nosotros, sin renunciar, sin embargo, a la escritura ordinaria, tal sistema gráfico sería muy útil para enriquecer la imaginación y para dar pensamientos menos sordos y menos verbales que los que se tienen ahora. Es verdad que no siendo, como no es, de todos conocido el arte de dibujar, resultaría que, fuera de los libros impresos de esta manera (que todo el mundo aprendería muy pronto a leer), todas las personas no podrían servirse de semejante sistema de escritura de otro modo que por una especie de imprenta manual, es decir, disponiendo de figuras grabadas preparadas para imprimirlas en el papel, añadiendo en seguida con la pluma las señales de las inflexiones o partículas. Pero con el tiempo todo el mundo aprendería el dibujo desde la juventud para no verse privado de la comodidad de este *carácter* o *tipo* figurado, que hablaría verdaderamente a los ojos y sería muy del gusto del pueblo, como en efecto ocurre a los campesinos, quienes disponen ya de ciertos almanaques, que les dicen sin palabras una buena parte de las cosas que de tales libros se pi-

¹⁴ *Op. cit., loc. cit.*, pág. cit. en nota anterior.

¹⁵ Lib. IV, cap. VI. De las proposiciones universales, de su verdad y de su certidumbre.

den. Recuerdo haber visto impresos satíricos en grabado con buril bastante enigmáticos, donde había *figuras significativas por sí mismas* mezcladas con palabras, mientras nuestras letras y los caracteres chinos no son significativos más que por la voluntad de los hombres (*ex instituto*)”¹⁶.

No necesitaremos indicar que el sistema gráfico ideado por Leibnitz y del que acabamos de recoger las precedentes circunstanciadas referencias, dista mucho de ser práctico y recomendable, aunque haya sido forjado para satisfacer los más puros y laudables anhelos de precisión y exactitud. Pero Leibnitz puso en circulación ideas mucho más trascendentales que las que hemos hasta ahora registrado en el campo de la Lingüística general. Todavía, sin embargo, importa hacer constar que del tema últimamente citado nuestro autor conocía los trabajos de Wilkins, obispo de Chester y de Dalgarne, pero había dicho a Boyle y a d'Oldenbourg que creía que aquellos grandes hombres no alcanzaron su objetivo en la intentada creación de una lengua universal filosófica. Podían cuando más hacer que se comunicaran naciones que en un principio no se entendían, pero no alcanzaron a captar los caracteres *reales*, que constituían el más fino instrumento de que pudiera servirse el espíritu humano y que estaban destinados a facilitar el razonamiento, la memoria y el descubrimiento de las realidades existentes. Tales caracteres debían parecerse todo lo posible a los signos del Algebra, que son muy sencillos, muy expresivos, nada equívocos ni superfluos, y justificados racionalmente en todas sus variedades. Leibnitz llega así a hablar de un *alfabeto de los pensamientos humanos*, y ese alfabeto debía hallarse íntimamente relacionado con los anhelos de contribuir a la aparición de la ansiada lengua universal. Pero se ha dicho, con doloroso dejo escéptico, que aun después de lograda la formación de tal lengua universal, hubiera sido preciso convencer a las distintas naciones del orbe de la conveniencia de utilizarla, ardua empresa expuesta a tremendos y casi ineluctables fracasos. Mas siempre cabe descubrir en estas apre-

¹⁶ He traducido todo este pasaje del texto original, citado por Fontenelle, *op. cit.*, pág. 489, n.

ciaciones de nuestro filósofo su acusada tendencia a adentrarse en las más profundas intimidades de las realidades lingüísticas, objetivo parcialmente logrado en otras tentativas dialécticas de Leibnitz, que pasamos a considerar con la obligada sobriedad y concisión.

Y en primer término registremos la aguda crítica de nuestro filósofo acerca de la manía de *goropizar*. M. Müller¹⁷ acertadamente indica que fué Leibnitz el primero que debeló por completo el prejuicio de considerar el hebreo como la lengua primitiva de la humanidad. Tanta razón había para aceptar esa tesis, según nuestro filósofo, como para asentir a la de Goropius, que quiso ver en el holandés la representación genuina de tal lengua primitiva. Y abierta así la ruta para forjar las más fantásticas quimeras, todo se explica, sin justificarse nada, en punto a hipótesis donosas sobre la lengua adámica. Andrés Kempe, en su obra acerca del lenguaje del Paraíso, sienta todas estas bizarras afirmaciones: Dios habló a Adán en sueco, Adán contestó en danés y la serpiente comunicó con Eva en francés. Chardin, por su parte, informa de que los Persas señalaban tres lenguas usadas en el Paraíso: el árabe, por la serpiente, el persa, por Adán y Eva, y el turco, por el arcángel San Gabriel. Y no necesitaremos prolongar esta grotesca enumeración después de decir que, según J. B. Erro, en su obra titulada *El mundo primitivo*, Mad. 1814, el vasco puede disputar al hebreo su supuesta condición de lengua primitiva¹⁸. Mas el filósofo de Leipzig

¹⁷ Vid. de este autor la obra titulada *Lectures on the science of language delivered at the Royal Institution of Great Britain in april, may, and june 1861...* From the second London edition, revised. New York, Charles Scribner and Company..., 1870, pág. 135 y ss.

¹⁸ Acerca de este cómico extremo, no será inútil referir sumariamente los términos de una curiosa discusión, que tuvo lugar en el cabildo de la catedral de Pamplona (Navarra, España) en el siglo XVII. Los temas de dicha discusión fueron los siguientes: 1º "¿Era el vasco la lengua primitiva de la humanidad?". Los miembros doctos de la mencionada asamblea confesaron que, a pesar de su profunda convicción en el mencionado extremo, no se atrevían a dar una respuesta afirmativa. 2º "¿Era el vasco la única lengua hablada por Adán y Eva en el paraíso?". En este punto, el susodicho capítulo declara que no puede haber duda alguna en los espíritus y que resultaba imposible oponer cualquiera seria o razonable objeción en contra.

en una carta a Tenzel, dice con toda razón: "Llamar al hebreo lengua primitiva, es lo mismo que denominar a las ramas de un árbol *ramas primitivas*, o imaginar que en alguna región troncos mutilados, pueden crecer en lugar de árboles completos. Tales ideas pueden, sin duda, ser concebidas, pero no son conciliables con las leyes de la naturaleza, o con la armonía del universo, es decir, con la Sabiduría Divina"¹⁹.

El concepto de la *proto-lengua*, o de la *lengua primitiva*, aparece ya en esas agudas críticas plenamente formado. Superar la ingenua creencia de quienes pensaban en que la lengua o lenguas primitivas, que la inducción descubre y reconstruye, puede o pueden subsistir como realidades idiomáticas perfectamente definidas en nuestro presente histórico, supone una no desdeñable dosis de aguda penetración que debe ser convenientemente ensalzada. Sin una idea clara de lo que puede y debe entenderse por *proto-lengua*, *lengua primitiva* o *Ursprache*, no ha podido darse un paso firme en el arduo estudio de la Lingüística general, ni en la aplicación estricta y severa del método histórico-comparativo. Aunque Leibnitz no hubiera debelado más que el fantasma de las distintas clases de *goropianismo* que agobiaban los espíritus de sus contemporáneos, hubiese prestado así a la causa de la fundación de la ciencia de la Lingüística meritisimos servicios. Y para que no se crea que la apreciación precedente carece de respaldo, por la modestia e insignificancia de quien aquí y ahora la formula, nótese que cuenta también con el muy autorizado dictamen de Gray, quien concede al indicado extremo capitalísima significación²⁰.

Mas no se limitó Leibnitz a hacer desaparecer el peso muerto de los indicados prejuicios en el campo de las investigaciones lingüísticas. Hizo algo todavía más laudable, con serlo mucho todo cuanto acabamos de exponer. Nuestro filósofo fué el primero en aplicar un sano procedimiento inductivo al conocimiento de los hechos, previamente considerados

¹⁹ Ap. Max Müller, *op. cit.*, pág. 135.

²⁰ *Op. cit.*, págs. 30, 74, 226.

de ordinario con manifiesta arbitrariedad, por lo que respecta a los postulados de la Constructiva científica más severa. Leibnitz afirmó la necesidad de recoger en primer término la más completa documentación posible de las realidades lingüísticas estudiadas. Con tan fundada creencia dijo en su *Disertación acerca del origen de las naciones*²¹: “El estudio de las lenguas no debe ser conducido siguiendo principios diferentes de aquellos aplicados a las ciencias exactas. ¿Por qué comenzar por lo desconocido, en lugar de comenzar por lo conocido? Es razonable que debiéramos comenzar por el estudio de las lenguas modernas que están a nuestro alcance, para comparar unas con otras, descubrir sus diferencias y afinidades, y entonces, remontarnos a aquéllas que las han precedido en anteriores edades, con el fin de mostrar su filiación y su origen, ascendiendo paso a paso a la contemplación de los más antiguos idiomas, cuyo análisis únicamente puede depararnos conclusiones dignas de confianza”. No será preciso indicar que en las admoniciones precedentes, se halla un diáfano embrión del método histórico-comparativo, que habría de tener en los exordios de la Lingüística indo-europea aplicaciones verdaderamente fecundas y definitivas.

Ya en esta ruta, nuestro autor no vacila en requerir la colaboración de misioneros, príncipes, emperadores, embajadores, viajeros, etc., etc. para la empresa que cordialmente acomete. Aceptan sus encargos los jesuitas en la China; Witsen, infatigable viajero, le envía el más precioso presente que podía esperar, una traducción en la jerga de los Hotentotes del Padre Nuestro. Da las gracias Leibnitz a su citado amigo por don tan estimado, y ruega a sus hermanos moscovitas que hagan todo género de investigaciones para procurarle testimonios (*specimina*) de las lenguas de los escitas, samoyedos, bashkiros,

²¹ Esta obra, de la que haremos después más precisa referencia, llevaba la siguiente rotulación: *Brevis designatio meditationum de originibus gentium ductis potissimum ex indicio linguarum*. (*Miscellanea Berolinensia*. Berolini, 1710, 4º ap. Max Müller, *op. cit.*, pág. 136, n. 1). Vid. de este mismo autor *Lectures on the science of language delivered at the Royal Institution of Great Britain in february, march, april, and may, 1863*... Second series..., New York, Charles Scribner and Company..., 1870, pág. 21.

kalmukos, tungusianos y otros pueblos más. Y cuando el mismo Leibnitz se puso en relación con Pedro el Grande, dirigió a este monarca una carta, datada en Viena el 26 de octubre de 1713, de la que son los siguientes conceptos: "He sugerido que las numerosas lenguas, hasta ahora no estudiadas y casi por completo desconocidas, que tienen curso en el imperio de Su Majestad y en sus fronteras, deberán ser reducidas a notación gráfica, deberán ser escritas, en una palabra; además de que se procurará trazar diccionarios, o, cuando menos, pequeños vocabularios de tales idiomas y traducciones en los mismos de los Diez Mandamientos, del Padre Nuestro, del Símbolo de los Apóstoles y de otras partes del Catecismo, *ut omnis lingua laudet dominum*. Esto aumentaría la gloria de Vuestra Majestad, que reina sobre tan diversas naciones y es tan celoso de mejorarlas, y capacitaría, por medio de la comparación de las lenguas, para descubrir el origen de aquellos pueblos que desde la Scythia, sujeta a Vuestra Majestad, avanzaron a otras comarcas. Pero principalmente ayudaría a implantar el Cristianismo entre las naciones que hablan aquellos dialectos, y yo por consiguiente me he dirigido al Muy Reverendo Metropolitano con el mismo objeto que indico en estas líneas"²². Para impulsar esas labores, Leibnitz trazó una lista o registro de los términos que, en su concepto, deberían ser seleccionados como base de la comparación intentada, y en sus estudios prehistóricos e históricos, según ya indicamos, consagró grandes desvelos a recoger todos los datos que podrían iluminar los orígenes del germánico, concediendo particular atención a los dialectos y a los vocablos de carácter provincial o local en las investigaciones acerca de las estructuras etimológicas de los idiomas estudiados²³. Sin embargo, nuestro autor no alcanzó jamás el supremo objetivo de trazar una clasificación sistemática de todos los idiomas conocidos en su época, ni siquiera pudo ordenar con la debida objetividad los

²² Ap. M. Müller, *op. cit.* en nuestra nota 17, págs. 136-137.

²³ *Collectanea Etymologica*, ii. 255: "Malim sine discrimine Dialectorum corrigari Germanicas voces. Puto quasdam origines ex superioribus Dialectis melius apparituras; ut ex Ulfilae Pontogothicis, Otrfridi Franciscis". Ap. M. Müller, *op. cit.* en nota anterior, pág. 137, n. 2.

dialectos que llegó a conocer y someter a minucioso análisis. Creo que la limitación que ahora señalamos no debe producirnos extrañeza alguna, si se tiene en cuenta que los estudios lingüísticos, en la época en que vivió nuestro autor, no habían alcanzado la necesaria madurez para condicionar clasificaciones de lenguas tan completas como científicamente articuladas. Leibnitz se limita a distinguir una clase lingüística *jafética* de otra *aramea*, localizando la primera al norte y la segunda al sur del continente asiático-europeo. Creía en un origen común de las lenguas y admitía que las emigraciones humanas habían seguido la dirección de oriente a occidente, ordinariamente señalada y aceptada. Pero por las ya indicadas razones, no pudo precisar los diferentes grados de parentesco que cabe reconocer y señalar entre los idiomas hablados en el mundo, y no tuvo inconveniente en mezclar en un grupo de su clasificación los idiomas turanios finés y tártaro con los jaféticos. Müller acertadamente supone que si Leibnitz hubiera tenido tiempo y oportunidad de desarrollar todos los planes que su fértil y comprensivo genio llegó a concebir, o si hubiese sido entendido y secundado por los eruditos contemporáneos, la ciencia del lenguaje, como ciencia inductiva, habría logrado constituirse un siglo antes de aquél en que nació. Es decir, que el docto últimamente mencionado supone que estuvo a punto de constituirse, en la primera mitad del siglo XVIII, por obra de Leibnitz, la ciencia que con Rask y Bopp, apareció en la primera mitad del XIX. Por nuestra parte indicaremos que no nos parece infundada, ni, por ende, temeraria esa conjetura de Müller, y como pensamos también que es la ciencia principalmente método más que adquisición de conocimientos, no vacilamos en atribuir a nuestro filósofo una clara significación de precursor de las geniales y definitivas labores de los fundadores de la Lingüística comparada. Leibnitz no reemplaza a Bopp, ni siquiera a Hervás y Panduro, pero sin Leibnitz no resultan plenamente inteligibles ni Hervás, ni Bopp.

Pero además nuestro autor, por la propia índole de su genio, no se hallaba en las condiciones más favorables para anticipar las conquistas mencionadas. En Leibnitz, la generosa amplitud

de las aptitudes y capacidades llega a erigirse en invencible obstáculo de la intensa y particularmente fructuosa aplicación de una o de varias de tales potencias creadoras, mas no de todas. Nuestro autor fue igualmente distinguido como erudito, historiador, filósofo, teólogo y matemático, y en tales circunstancias sólo le fué posible proponer sugerencias más que llevar a cabo definitivas empresas respecto al método que debería seguirse en los estudios lingüísticos. Porque recordemos que Leibnitz no sólo fué el descubridor del cálculo diferencial, sino que figura también como el primero, o, cuando menos, entre los primeros que contemplaron la estratificación geológica de la tierra, y todavía el filósofo de Leipzig se entregó además a las absorbentes tareas de la construcción de una máquina de calcular, que desde la niñez hubo de obsesionarle; a las gestiones que tendían a interesar la atención de Luis XIV en una expedición a Egipto; a la correspondencia con Bossuet para propiciar una ansiada conciliación entre protestantes y católicos, e incluso a defender, de un modo principal en su Teodicea, la causa de la verdad y de la religión contra los ataques de la filosofía materialista de Inglaterra y de Francia.

Pero se ha dicho, no sin cierta dosis de ironía y *cum mica salis*, que los decantados descubrimientos de Leibnitz, no han sido siempre muy claros, ni menos definitivos, ya que a veces han demandado *ser descubiertos de nuevo*. Creemos que se alude en esta malévola insinuación a la tesis tan discutida acerca de la prioridad, que se atribuye a Newton sobre Leibnitz, en el descubrimiento del cálculo diferencial. Mas sin entrar en esa interesantísima contienda por carecer, para decidirnos en ella, de la preparación especializada inexcusable, podremos decir con el citado Müller que, por lo menos en el campo lingüístico, las semillas lanzadas por Leibnitz no se perdieron, no se frustraron, sino que hubieron de alcanzar el necesario y apetecible desarrollo. El filósofo, matemático, teólogo y lingüista de Leipzig tuvo, como precursor de Bopp en los estudios lingüísticos, famosos discípulos. El interés que Leibnitz supo suscitar acerca del conocimiento de los idiomas hablados en el

mundo conocido, no estaba destinado a extinguirse, sino que perduró. Después de la indicada actuación de nuestro autor, quedó el anhelo de formar un a modo de *Herbarium* de las lenguas de la humanidad, y a tan atractiva empresa consagraron sus denodados esfuerzos misioneros y viajeros, quienes se creyeron en el deber de trazar registros de palabras y componer gramáticas, donde quiera que llegaron a establecer contactos con nuevas razas y nuevas lenguas. No diremos nada que pueda legítimamente extrañar si advertimos que la miés lingüística así recolectada, no ha presentado siempre las más indispensables calidades para su elaboración científica, pero tampoco cabrá desconocer que no era posible en la época en que vivió nuestro filósofo emplear en todo caso más seleccionados recursos de información lingüística que los ofrecidos por misioneros y viajeros, a que acabamos de referirnos. Pero además y de modo principal convendrá notar y subrayar que las dos obras capitales de Lingüística con que se abren las perspectivas eruditas del siglo XVIII, el *Catálogo de las lenguas* de Hervás y Panduro, y el *Mithridates* de Adelung, son notoriamente debidas a la fecunda y bienhechora influencia de Leibnitz. Sobre todo, el jesuíta español citado, insigne autor del famoso *Catálogo de las lenguas*, no vacila en reconocer terminantemente los indiscutibles méritos y servicios de nuestro autor al promover el estudio verdaderamente filosófico de las lenguas. Ese reconocimiento alcanza más destacado valor, porque va unido a la clara manifestación de precisas y notorias discrepancias entre el sucesor y el precursor, entre Hervás y Leibnitz. Cuando nuestro filósofo-lingüista encuentra no sólo continuadores, sino críticos y censores de su fecunda labor iniciadora, tendremos que reconocer en ésta las más relevantes calidades, como eficaz fermento de nuevos progresos en el campo de las actividades consagradas a la conquista de la verdad. Debemos anhelar que los discípulos no sólo sepan y pretendan seguir nuestras rutas, sino que lleguen a negarnos, para superar los resultados de nuestro previo esfuerzo. Y esta prudente y eficaz conducta siguió el célebre jesuíta últimamente mencionado, quien en su famoso *Catálogo de las len-*

guas²⁴ dice: "Leibnitcio ha sido uno de los pocos autores que acertadamente han afirmado ser la lengua bascongada totalmente diversa de las demás lenguas europeas; mas sus conjeturas sobre el origen de los españoles, y sobre la afinidad o diversidad de las lenguas mas famosas o conocidas en su tiempo, fueron poco acertadas. El, como después se dirá y lo demuestran sus obras, promovió útilmente los medios para hacer ventajoso el estudio de las lenguas, mas en el discurso filosófico que sobre ellas escribió, con el título de *Ensayo de meditaciones sobre los origenes de las naciones por medio de sus idiomas*, mostró que sobre éstos pensaba sistemática y arbitrariamente, como si fueran materia de un sistema filosófico puramente especulativo. He aquí algunas de las muchas equivocaciones de su sistema sobre las lenguas (a) [(a) *Miscellanea Berolinensia*. Berolini 1710, 4º § I. G. G. L. *brevis designatio meditationum de originibus gentium, ductis potissimum ex indicio linguarum*, pág. 1] Leibnitcio se figura dos especies de lenguas, que llama *japéticas* (de que provienen las de los descendientes de Jafet) y *arameas*, de que provienen las lenguas de los descendientes de Sem y Cam. Según este supuesto conjetura que la lengua copta o egipcia provenga de la etiópica, de la que es totalmente diversa, y que de la mezcla de lenguas *japéticas* y *arameas* provengan las lenguas persiana, armena y georgiana, las cuales son entre sí totalmente diversas, y también lo son de las demás lenguas europeas y asiáticas. Se inclina a confundir los esclavones con los hunos, que eran naciones de lenguas muy diversas; y conjetura que los iberos descendían de los celtas, los cuales se diferenciaban tanto de aquellos, cuanto se diferencian sus lenguas, que son la cántabra o bascongada, y la céltica. Estas y otras equivocaciones semejantes se leen en el discurso antes citado de Leibnitcio". La fuente aquí citada por Hervás, la famosa monografía

²⁴ Esta obra presenta la siguiente portada en el ejemplar que hemos consultado: *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos. Su autor el abate Don Lorenzo Hervás... Volumen I. Lenguas y naciones americanas*. Con licencia. En la Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia. Madrid, año 1800. Vid. págs. 50-51.

rotulada *Brevis designatio meditationum de originibus gentium*, no ha sido asequible a nuestros más desvelados esfuerzos por consultarla, y seguramente en ella se hallará el material más acomodado a las necesidades de nuestra presente exposición. Deberemos resignarnos ante esta contrariedad y la atenuaremos pensando que la orientación general de la monografía en cuestión, resulta diáfana a través del texto citado de Hervás. Mas sobre todo L. H. Gray²⁵ nos informa de que en la famosa *Brevis designatio* etc. se expone ya la doctrina de la *proto-lengua*, a que hemos tenido ocasión de referirnos, sentando así una tesis de la que hace constante y fecundo uso la Lingüística contemporánea. Nuestro autor, por tanto, en dicho opúsculo prescinde de la vulgar creencia de que la lengua primitiva, pueda ser una cualquiera de las históricamente conocidas, y al echar los cimientos de un verdadero *proto-idioma*, de él deriva los grupos lingüísticos *jafético* y *arameo*, subdividiendo el primero en las especies *escítica* y *céltica*, que, “grosso modo”, corresponden al indo-europeo y al uralo-altaico. Además, si en esa labor de clasificación, como ya hemos advertido, no siempre acierta Leibnitz, no deja tampoco de registrar legítimas afinidades del turco, mongol y manchú, así como del finés, estoniano, livoniano, samoyedo y húngaro. Por otra parte, resulta explicable que esa “breve”, pero trascendental *designatio meditationum*, con las amplias perspectivas que mostraba en el campo lingüístico, condicionara también los más fecundos descubrimientos en tal sector de los conocimientos humanos. Nada nuevo decimos advirtiéndolo que sólo cuando la comparación permite abarcar extensos territorios lingüísticos, resulta posible penetrar con la razón discursiva en las más profundas realidades idiomáticas. Así Hervás y Panduro si ciertamente no exagera la estimación que le merecen las labores lingüísticas de su precursor Leibnitz, no las silencia, ni las subestima, cuando en la misma obra citada²⁶ añade: “Prescindo aquí de los libros gramaticales que los misioneros evangélicos han escrito para facilitar la conversión

²⁵ *Op. cit.*, pág. 433.

²⁶ *Op. cit.*, pág. 62.

de las naciones al christianismo y entiendo hablar solamente de los que se han escrito y publicado para ilustrar las ciencias y principalmente la historia. Con este fin al que sirven también los dichos libros gramaticales de los misioneros, Leibnitcio o Leibnizcio y Bayero publicaron algunos libros elementales de lenguas, promoviendo el estudio de ellas, aquel en la Academia real de Berlín, y este en la imperial de Petersburgo, como lo hacen ver los tres tomos primeros de la Miscelanea Beroliniense, y los siete tomos primeros de la Academia Petropolitana. . .”.

Pero sobre todo en la obra titulada *Mithridates* de J. Cristóbal Adelung (una de las capitales producciones de la erudición del siglo XVIII) ve Müller el eco más acusado del impulso que recibieron los estudios lingüísticos por obra de nuestro autor. El susodicho repertorio rotulado *Mithridates* procede, en parte, del *Catálogo* de Hervás, y, en parte también, de las colecciones de vocablos formadas bajo los auspicios del Gobierno ruso, mas no necesitaremos recordar que tales colecciones deben su origen a las iniciativas y a los consejos de Leibnitz. Aunque Pedro el Grande no parece que tuvo tiempo ni gusto para acometer tareas lingüísticas, los gobiernos imperiales rusos mantuvieron con laudable constancia los designios y propósitos de recoger, en extensos vocabularios, el material lexicográfico de las lenguas habladas por los pueblos sometidos al Imperio de Rusia, según testimonian diversas obras que citamos en nota ²⁷. Pero todavía haremos constar que ese material lingüístico así reunido y cosechado, alcanzó considerable aumento por la encendida emulación de Catalina II respecto a las previas iniciativas del emperador Pedro. Cuando la que había de alcanzar el título de Catalina la Grande, era sólo gran Duquesa, dicha dama sentíase ya atraída por la idea de impulsar la composición de un Diccionario Universal, según las sugerencias de nuestro filósofo. Para realizar tan noble objetivo, la Gran Duquesa Catalina solicitó la cooperación del

²⁷ Strahlenberg, *North and East of Europe and Asia*, 1730; with tabula polyglotta; Messerschmidt, *Travels in Siberia*, from 1729-1739; Bachmeister, *Idea et desideria de colligendis linguarum speciminibus*: Petropoli, 1773; Güldenstädt, *Travels in the Caucasus*, & Ap. M. Müller, *op. cit.* en nuestra nota 17, pág. 143, n. 1.

capellán de la British Factory en San Petersburgo, Rev. Daniel Dumaresq, quien parece pudo escribir un Vocabulario comparativo de lenguas orientales (*Comparative Vocabulary of Eastern Languages*) in quarto. Mas si la obra citada alcanzó los honores de la publicidad, habíase ya perdido en tiempos de Müller, a quien debemos todas estas referencias. Y conste, por último, que cuando la Gran Duquesa Catalina ocupó el trono de Rusia con el nombre de Catalina II, no dedicó más tiempo a sus ambiciosos proyectos de engrandecimiento imperial que a sus laudables aficiones a los estudios lingüísticos. En cierta época, Catalina la Grande pasó casi un año totalmente entregada a la compilación del Diccionario comparativo, como manifiesta ella misma en interesantísima carta dirigida a Zimmermann y publicada por Müller²⁸. Nuestro filólogo-filólogo-lingüista tuvo, pues, no sólo ilustres discípulos, sino hasta regios discípulos, acreditando así un poderoso influjo docente en su época, perfectamente explicable dadas las extraordinarias dotes de tan insigne maestro.

Pero ya en este punto de nuestra exposición se nos permitirá formular algunas glosas complementarias de las tesis últimamente registradas. Presentará positivas quebras y dificultades en ocasiones el procedimiento, en otros respectos sin embargo correcto y legítimo, de investigar los orígenes de los pueblos a través del conocimiento fundamental de sus respectivos idiomas. Sin duda, no bastará muchas veces el dato lingüístico escueto para obtener la conclusión etnográfica que deseamos alcanzar, pero nadie pondrá en tela de juicio que, en tan arduas tareas como las aquí mencionadas, tampoco será lícito prescindir nunca de las enseñanzas que quepa derivar de la Arqueología y de la Prehistoria lingüísticas. Mas si todo lo que acabamos de indicar parece perfectamente verosímil y razonable, es todavía más notorio que el espíritu, en cierto modo, moldea las formas idiomáticas en que se vierte y expresa. Si cabe, con ciertas restricciones, inquirir los orígenes de los pueblos a través del conocimiento fundamental y científico de

²⁸ Ap. Müller, *Lectures on the science of language... in april, may, and june 1861*, págs. 143-144.

sus lenguas respectivas, éstas han de mantener con aquéllos conexiones indubitables, que nos permitan en cierto modo evocar la causa, partiendo del efecto. Pues bien, en esta dirección, notoriamente de gran importancia para las investigaciones lingüísticas, ofrécese orientado el espíritu de nuestro autor. Para ayudarnos a entender la lengua en que pensamos y todas las que nos sean más próximas y queridas, Leibnitz nos advierte de la capital importancia de la ciencia del lenguaje para la ciencia de la mente o del entendimiento. Ambas disciplinas son, en realidad, inseparables, y sin un serio análisis del lenguaje humano, jamás llegaremos a alcanzar un verdadero conocimiento de nuestra razón discursiva. Partiendo de esas convicciones, Leibnitz llega a afirmar: "Creo verdaderamente que las lenguas son los mejores espejos de la mente humana y que un preciso análisis de las significaciones de las palabras, nos familiarizaría mejor que cualquier otro expediente con las operaciones del entendimiento"²⁹. De la relativa justificación (relativa tan sólo) que cabe atribuir a los precedentes asertos, no creo pueda ofrecerse duda alguna al lector medianamente versado en los estudios lingüísticos. Por otra parte, no creo que habrá que exagerar el matiz intelectualista de la concepción que glosamos, pues nos consta que el lenguaje no es sólo, ni exclusivamente, ni siquiera de manera principal en algunos casos expresión del pensamiento, o de las operaciones de nuestras facultades cognitivas. Cabrá incluso hasta suponer que la expresión *leibnitziana* aquí recogida, deberá ser interpretada con cierta amplitud psicológica, que la libre de un exclusivismo logicista más que discutible. Y con esa prudente medida y con tal criterio, ha procedido, sin duda alguna, A. Trombetti, quien en sus *Elementi di glottologia* (Bologna, 1922-23, pág. 5) dice que Leibnitz ha sostenido que el lenguaje es "el espejo espiritual de la nación". Recogido tal aserto en su sentido literal ordinario, Iorgu Iordan³⁰ ve en el filósofo de Leipzig

²⁹ Ap. Müller, *Lectures on the science of language... in february, march, april, and may*, 1863, pág. 51. Vid. además *Nouveaux Essais*, lib. III, cap. VII.

³⁰ Vid. de este autor la obra titulada *An introduction to romance linguistics its schools and scholars revised, translated and in parts recast by John Orr...* Methuen & co. ltd. London, pág. 114, n. 2.

el más antiguo precursor de Vossler, en cuya doctrina la interdependencia de lenguaje y cultura en todas sus ramas, como emparentadas manifestaciones del espíritu de la colectividad política, es de fundamental importancia.

Pero aunque hemos creído siempre legítima la interpretación de Trombetti, que acabamos de registrar, no se podrá desconocer que en las relaciones del lenguaje con el espíritu humano, Leibnitz de ordinario acusa una posición predominante, aunque no exclusivamente intelectualista, logicista diríamos mejor. Buena prueba de cuanto decimos se halla en el hecho de que la exposición lingüística más extensa y trabada que presenta nuestro filósofo, si se exceptúa la que ofrece en la *Brevis designatio*, aparece en el tercer libro de sus *Nouveaux essais sur l'entendement humain*. Esta obra, de cuya historia hemos hecho sobrias referencias en una nota anterior del presente "ensayo", apareció cuarenta y nueve años después de la muerte de su autor, en 1765, por primera vez a la luz de la publicidad, contra lo que se ha afirmado por algunos autores que piensan que los *Nouveaux essais* no pasaron a las prensas hasta el a. 1886 para difundirse en una edición parisina. Nos proponemos dedicar al estudio de ese tercer libro de los *Nuevos ensayos* citados, la debida atención en momento oportuno, pero como la exposición y glosa que intentamos hacer, adicionada a este "ensayo", daría a la presente exposición desmesuradas proporciones, preferimos no presentar aquí más que una "muestra" y un "specimen" de la susodicha labor monográfica complementaria proyectada. Y de todos los numerosos extractos que hemos recogido para semejante tarea, utilizaremos en este lugar y ahora tan sólo los referentes al empleo de los términos generales, materia particularmente característica y representativa de la dirección lingüística que intentamos bosquejar.

Contrastando con la opinión contraria, sostenida por A. Smith, nuestro filósofo lingüista supone que los *términos generales* son necesarios para la esencial constitución de las lenguas. Prueba su indicada tesis Leibnitz haciendo notar que los niños, así como los que conocen imperfectamente el idioma

que intentan hablar, o el tema a que pretenden referirse, usan de ordinario "términos generales", como *cosa, planta, animal*, en vez de los nombres propios de cada caso y momento, de los que suelen hallarse ayunos. Porque además, según cree nuestro autor, todos los nombres propios o individuales, han sido originariamente apelativos o generales. Pero Leibnitz se siente inclinado a sostener incluso que *casi todas las palabras* han sido originariamente términos generales, puesto que rara vez ocurrirá que el hombre invente un nombre, expresamente y sin particular razón, para designar este o aquel individuo. Podemos todavía afirmar que ciertos nombres individuales, fueron primero nombres de especies, que "por excelencia", o en otra forma se aplicaron a determinados, particulares individuos: así, v. gr., *cabezón* o *gran cabeza* sirvió para designar al que, entre todos los individuos de una colectividad, tenía "la mayor cabeza", o al que alcanzaba en tal grupo el maximum de consideración entre todas las "grandes cabezas conocidas"³¹.

Tendremos que reconocer que una parte no desdeñable de las afirmaciones que acabamos de registrar, merece indiscutible asentimiento. Poca experiencia lingüística se necesita para comprobar que un número considerable de nombres propios, acredita clara filiación de apelativos primitivos. Los estudios de Toponimia, hoy tan desarrollados y que no eran desconocidos al propio Leibnitz, comprueban cumplida y reiteradamente la certera observación que estamos glosando. Pero advertiremos que, en general, la Semasiología lingüística *leibnitziana*, adolece de una explicable deficiencia, que convendrá señalar ya desde este momento. Las acepciones de los vocablos son contempladas por nuestro autor en su matiz exclusivamente conceptual, lógico, como meras expresiones de productos intelectuales. Y todavía más: Leibnitz piensa que los defectos que los vocablos pueden y suelen presentar en su función noético-expresiva, merecen rectificaciones de valor puramente intelectual. La Semasiología es así casi tan sólo un

³¹ *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. III, cap. III. De los términos generales, *passim*.

capítulo de la gramática general, incluida, a su vez, en la Lógica y, de un modo especial, en la teoría de las funciones del entendimiento, o razón discursiva. Que en la segunda mitad del siglo XVII y en el ambiente de la Filosofía alemana de dicha época, se diese a los estudios semasiológico-lingüísticos la indicada orientación, no puede legítimamente extrañarnos por modesta que pueda ser también nuestra información acerca de la historia del pensamiento filosófico europeo en la edad moderna. Mas claro es que todos y cada uno de los razonables supuestos que acabamos de formular, no justificarían que concibiésemos la Semasiología con ese acentuado carácter logicista en los días que corren al trazar estas "notas". Si además podemos explicarnos que lo ocurrido en tiempo de Leibnitz, no deba tener simiesca reproducción en los momentos presentes, daremos así a nuestras valoraciones de la labor pretérita la ponderada medida inexcusable. Ojalá hayan podido satisfacer, siquiera parcialmente, tan justo y explicable anhelo las páginas de este modestísimo "ensayo"!

Al que pondremos término estudiando, a la luz de la opinión de Leibnitz, un tema fundamental de la Semasiología: ¿qué relación existe entre el signo lingüístico y las realidades con tal signo significadas? Precisamente en el tomo citado en la nota 2 del presente "estudio" y en el apéndice a la edición del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, págs. 472-474, hallamos un diálogo titulado: *De la conexión que existe entre los vocablos y las cosas*. En nota también se nos advierte, en la primera de las mencionadas páginas, que tal diálogo ha sido traducido "del latín de Leibnitz" por el editor de esta colección de *Obras filosóficas de Locke*, e. d., según suponemos, por Mr. Thurot. En dicho diálogo, conversan, discuten y razonan dos personajes, designados con las siglas *A* y *B*, que ignoramos la precisa e individual, o alegórica significación que puedan tener.

El interlocutor *A* comienza por advertir que gentes muy doctas creen que la verdad tiene su fuente en los nombres o caracteres impuestos arbitrariamente por los hombres. *B* ante esa afirmación manifiesta su explicable extrañeza, pues estima

que la opinión referida es paradójica. ¿Cómo pretender hallar la fuente de la verdad en designaciones arbitrariamente impuestas a las realidades con tales términos expresadas? *A*, sin embargo, insiste en su previa referencia, más o menos paradójica, razonando así: ¿no es la definición un principio de demostración? *B* conviene en que, en efecto, la definición es un principio de demostración, ya que hay proposiciones que pueden demostrarse con el único auxilio de las definiciones, relacionadas y unidas entre sí. Entonces *A* interroga de nuevo a su interlocutor —en tono de mayéutica socrática— para saber si cree que la verdad de las aludidas proposiciones depende de las definiciones correspondientes. A una contestación afirmativa se inclina *B* en el caso de referencia, pero vé paralizada su credibilidad ingenua por la interrogación de *A* acerca de si son las definiciones arbitrarias. Podríamos pensar en semejante arbitrariedad —sugiere el mismo *A*— si advertimos que depende de los matemáticos servirse de la palabra *elipsis* para designar cierta figura, y que ha dependido de los latinos dar al término *circulus* la significación que se expresa en la definición de tal *círculo*. Mas *B* piensa que puede enfrentar la dificultad indicada con una cómoda evasiva: se puede pensar sin palabras. A lo que *A* asiente, mas con una restricción: se puede pensar sin palabras, sí, mas no sin signos. Ensayad sino, por ejemplo, hacer un cálculo sin signos numéricos. Ha podido así con razón decirse: *Quum Deus calculat et cogitationem exercet, fit mundus*. Pero *B* no se explica cómo puede darse el contrasentido de que la verdad sea arbitraria, procediendo de signos arbitrariamente determinados, y a la par se advierta, como aserto incontestable e inconvertible, que la geometría es la misma entre los griegos, los latinos y los germanos. *A* asiente al reconocimiento de esa, cuando menos, aparente incongruencia, de la que será preciso librarse a toda costa. Mas *B* insiste en que se siente realmente sorprendido al observar que le es imposible reconocer, hallar y probar cualquiera verdad sin emplear en su espíritu palabras, u otros signos. Y *A* añade a esa certera observación la de que si nos viéramos privados del uso de caracteres, no podríamos jamás ni razonar, ni tener pensamientos claros, diáfanos. *A* sigue

razonando ante semejantes dificultades, y con manifiesta agudeza nota que las mismas figuras son asimilables a los caracteres, ya que un círculo trazado sobre el papel, no es un círculo verdadero, puro, ni es preciso que lo sea y puede bastarnos considerarle tal (e. d., verdadero, puro) para las necesidades de nuestros razonamientos. Rearguye *B* que en el caso ahora citado, el círculo real tiene cierta indudable semejanza con el círculo puro, por lo que no puede decirse de aquél que sea un signo completamente arbitrario. *A* también lo cree así y por éso asegura que las figuras son los más útiles caracteres existentes. Mas, en cambio, pregunta qué especie de semejanza quepa reconocer entre el numeral diez y la cifra en caracteres arábigos 10. *B*, sin embargo, contesta a esa objeción diciendo que hay entre los caracteres cierta relación, cierto orden que coincide con la relación y el orden advertidos en las cosas designadas, sobre todo en el verosímil supuesto de que los caracteres hayan sido razonablemente formados e imaginados. Su interlocutor *A* acepta, en principio, esta tesis, pero en parte la impugna preguntando qué semejanza se acusa entre los elementos mismos de los caracteres y las cosas representadas, entre *O* y *nada*, o *una línea cualquiera*, por ejemplo. Supone así que puede obligar a su adversario a reconocer que, al menos en los susodichos elementos, la semejanza postulada es inútil. *A*, no obstante, reconoce que la palabra compuesta *Lucifer*, con sus elementos *lucem* y *ferre*, acusa la misma relación que expresa la propia cosa designada, si bien niega que exista una relación similar entre la realidad expresada por el susodicho término *Lucifer* y los vocablos *lucem*, o *ferre*. *B* de todas suertes advierte que el griego $\varphi\omega\sigma\phi\acute{o}\rho\omicron\varsigma$ acusa con sus respectivos elementos $\varphi\acute{\omega}\varsigma$ y $\varphi\acute{\epsilon}\rho\omega$ la misma relación de *Lucifer* con los suyos correspondientes, *lucem* y *ferre*, mas *A* contesta que los griegos han podido servirse de cualquier otro término distinto, o diverso del de $\varphi\omega\sigma\phi\acute{o}\rho\omicron\varsigma$ para expresar la idea de *Lucifer*. *B* no desconoce semejante posibilidad, pero también subraya que si se pueden emplear los caracteres para razonar, es porque hay entre ellos un orden que corresponde a las cosas, si no en las palabras en particular (aunque ésto sería preferible), cuando menos

en su unión y en su flexión. Ese orden de referencia, que no aparece especialmente dilucidado, aunque varía de una lengua a otra, conserva, sin embargo, cierta analogía en todas. *B* se muestra así esperanzado de ver vencida la dificultad propuesta, fijando sus conclusiones capitales en estos términos: aunque los caracteres sean arbitrarios, hay, sin embargo, en su empleo y en su conexión algo que no lo es, quiero decir, una cierta proporción entre los caracteres y las cosas, una relación que mantienen entre sí los diversos caracteres que expresan las mismas cosas. Mas esa proporción o esa relación, es el fundamento de la verdad, pues determina que cualesquiera sean los caracteres que empleemos, el resultado habrá de ser siempre el mismo en equivalencia, o en proporción, aunque acaso necesitemos también siempre emplear algunos de tales caracteres para pensar³².

No podremos negar que la discusión aquí extractada es densa, jugosa y hasta acreedora a un agudo comentario, que no podremos trazar ni ahora, ni acaso nunca, todo lo cual no quiere decir que dicha controversia llegue a claras, inequívocas soluciones. Mas se nos permitirá subrayar que la posición de Leibnitz en el tema fundamental de la conexión de los nombres con las cosas, es verdaderamente ingeniosa y sugestiva. No desconoce el filósofo de Leipzig la que pudiéramos

³² *Op. cit.* en el texto, pág. 474: "B . . . pourtant je remarque que, si l'on pouvait employer les caractères pour raisonner, il y a entre eux un ordre qui correspond aux choses, sinon dans les mots en particulier (quoique cela fût encore préférable), au moins dans leur union et dans leur flexion; et que cet ordre, quoiqu'il varie d'une langue à l'autre, conserve néanmoins une sorte d'analogie dans toutes. Et c'est ce qui me donne quelque espoir de voir la difficulté se résoudre. Car, bien que les caractères soient arbitraires, il y a pourtant dans leur emploi et dans leur connexion quelque chose qui ne l'est pas; je veux dire, une certaine proportion entre les caractères et les choses, un rapport qu'ont entre eux les divers caractères qui expriment les mêmes choses. Or, c'est cette proportion ou relation, qui est le fondement de la vérité: car elle fait que, quelsque soient les caractères que nous employons, le résultat est toujours le même, en équivalent ou en proportion, quoique peut-être il soit toujours nécessaire d'employer quelques caractères pour penser". Según el propio Leibnitz manifestó en carta dirigida a Arnauld en 9 de oct. de 1687, una cosa expresa a otra cuando hay una relación constante y reglada entre lo que se puede decir de la una y de la otra. . . La expresión es común a todas las formas, y es un género del cual la percepción natural, el sentimiento animal y el conocimiento natural son especies.

llamar *arbitrariedad consubstancial del signo lingüístico en su relación con lo por tal signo significado*, pero no cree que sólo la arbitrariedad impere en el campo de la expresión mediante la palabra humana. Si los vocablos, singularmente considerados, no son, de ordinario, ecos unívocos y necesarios de sus respectivos sentidos, en cambio, las relaciones entre tales términos expresivos, son repercusiones notorias y no veleidosas o arbitrarias de las realidades significadas. Nos autorizamos ante estas referencias la conjetura de que el signo lingüístico pierde su arbitrariedad, o cuando menos, considerablemente la atenúa en su función o funciones sintácticas, mientras la recobra por completo considerado aisladamente de su relación ordinaria con sus similares. Mas si advertimos que es corriente que los signos lingüísticos se utilicen de ordinario en relación con sus afines, ordinariamente habrá que considerarles al margen de la arbitrariedad, o con una arbitrariedad muy atenuada. Sin entrar en el examen de los arduos problemas que plantean los precedentes razonamientos, nos limitaremos a subrayar un aspecto capital del tema aquí tratado. Notemos que psicológicamente, para el hombre medio de la calle, el signo lingüístico es inseparable de su significado, y éste no puede concebirse sin aquél. El ingenuo ignorante en lenguas vivas, piensa que si dice *agua*, todo el que le oiga, sepa o no sepa castellano, debe entender, con la articulación de esas cuatro letras, el producto natural denominado *agua* en nuestro romance. El filólogo y el lingüista saben bien que con ese término expresivo, pero arbitrario, no necesario, no quedaron agotadas de una vez y para siempre las posibilidades de expresión lingüística del susodicho elemento. Esas posiciones anti-téticas del docto y del indocto en la valoración de la conexión de los nombres con las cosas, arguyen que los dos citados agentes glóticos no tienen las mismas perspectivas lingüísticas, ni siquiera las mismas actividades en el campo idiomático, de donde lógicamente derivan sus advertidas antagónicas concepciones. ¿Hay en el fondo de la concepción *leibnitziana* que últimamente hemos intentado precisar, un tácito reconocimiento de esas notorias diferencias entre la estimación precientífica y la estimación científica de la conexión existente entre

los nombres y las cosas? No creemos imposible que así sea y así ocurra, aunque no nos atreveríamos nunca a dar a nuestra indicada conjetura indebido relieve. Mas reconózcase de todas suertes que siempre interesará bucear en las profundidades de la conciencia glótica para explicarnos cómo llega a consumarse la paradoja de que lo engendrado en una arbitrariedad sin límites ni restricciones, venga a alcanzar y alcance apariencias de ineluctable producto de la necesidad. Esta, cuando menos, aparente paradoja, es acreedora a la atenta reflexión de los profesionales de la Filología y de la Lingüística general, y merecerá ser de nuevo examinada en la monografía que pensamos consagrar, como obligado complemento de la presente, al estudio de la concepción semasiológica de Leibnitz.

APENDICE A

Versos latinos de Leibnitz: fragmento del poema latino compuesto por dicho filósofo a la muerte de su protector el duque Juan Federico de Brunswick.

[Transcribimos este fragmento del *Éloge de M. de Leibnitz* por M. de Fontenelle, *op. cit.* en el texto, págs. 477-478, n. 1].

Vidimus haud unquam visum mortalibus ignem;
 Frigidus hic mediis servari gaudet in undis,
 Paulatim exhalans, patrios ne reppetat orbes.
 Fragmina perspicui simulare putes electri,

- 5 Nam lapis est, lapidem placet appellare pyropum,
 Ignotum, natura, tibi, ni doctior illum
 Nuperus artifici coqueret *Vulcanus* in antro;
 Et fors, ni tanti spectaclum Principis esse
 Debuerat, veluti latuit, per saecula lateret.
- 10 Hunc si, Persa, sacrum coluisses credulus ignem,
 Non te pertusá lusisset Nilus in olla.

- Noster inextinctus imitatur viribus astra,
 Et quaesita Sophis, veterumque afficta sepulchris,
 Unus perpetuae nutrit vitalia flammae,
- 15 Nec vestalis eget. *Jeremias* conderet illo,
 Quod sua posteritas patriis accenderet aris.
 Ardentem in tenebris timeas tractare Lapillum
 Inscius, ille tamen nihil tactu laedit, et ultro
 Corpoream rebus lucem (mirabile dictu),
- 20 Affricat, et Mosis faciem mirantibus offert,
 Parte vel a minima tingentibus omnia flammis,
 Innocuus, ni fors hostili durius ausu
 Tractetur, nimis motu tum concipit iras
 Horribili fremitu, verisque ardoribus urit,
- 25 Omnia corripiens, et longa incendia miscet.
 Promptius Assyriam possis extinguere naphtham,
 Phasidis aut pulsae tunicam, lethalia dona,
 Cum tumultus aquis, nimio discedit ab aestu,
 Dissimulat vires, tantum cum forte movebis,
- 30 Admotave manu, facies sentire calorem,
 Impiger emisso testatur fulgure vitam,
 Immortale animae referens emblema beatae.

COMENTARIO. El propio Fontenelle comenta este fragmento en su mencionado *Éloge de M. Leibnitz* en los siguientes términos (*op. cit.*, pág. 447): “Un morceau remarquable de ce poëme [el ya nombrado en honor del duque Juan Federico] est celui où il parle du phosphore dont Brandt était l’inventeur. Le duc de Brunswick, excité par M. Leibnitz, avait fait venir Brandt à sa cour pour jouir du phosphore, et le poëte chante cette merveille jusque-là inouïe. “Ce feu inconnu à la nature même, qu’un nouveau Vulcain avait allumé dans un antre savant, que l’eau conservait et empêchait de se rejoindre à la sphere du feu sa patrie, qui, enseveli sous l’eau, dissimulait son être, et sortait lumineux et brillant de ce tombeau, image de l’âme immortelle et heureuse, etc”. Tout ce que la fable, tout ce que l’histoire sainte ou profane peuvent fournir, qui ait rapport au phosphore, tout est employé, le larcin de Prométhée, la robe de Médée, le visage lumineux de Moïse, le feu de Jérémie enfoui quand les juifs furent emmenés en captivité, les Vestales, les lampes sépulcrales, le combat

des prêtres égyptiens et perses; et quoi qu'il semble qu'en voilà beaucoup, tout cela n'est point entassé; un ordre fin et adroit donne à chaque chose une place qu'on ne saurait lui ôter, et les différentes idées qui se succèdent rapidement, ne se succèdent qu'à propos". La sobria glosa transcrita con admirable concisión evoca *todos* los casos legendarios e históricos de que hay ecos en el fragmento que comentamos; nada esencial podríamos agregar a ese breve comentario, de notoria y laudable exactitud. Tan sólo como concisa aclaración al v. 28 del fragmento transcrito bastará advertir que en ese pasaje se alude al repudio de Medea, al nuevo casamiento de Jasón con Glauce, o Creusa, hija de Creonte, rey de Corinto y a la fatal túnica, o corona envenenada, que la propia Medea arteramente envió como regalo de boda a su rival, y que fué causa de la triple muerte de ésta, del cónyuge infiel y del mismo Creonte citado. La túnica, o corona envenenada, abrasó a los tres mencionados personajes, hecho que con referencia tan sólo a Creusa y a Creonte, indica Ovidio en su *Ib.*, v. 601 en estos términos:

Ut nova Phasiaca compresa est nupta corona,
Utque pater nuptae, cumque parente domus...

"*Phasiaca corona*" es expresión que alude al río Phasis de la Cólquida, región de origen de Medea, denominada también *Phasiaca coniux* por Senec. en *Herc. Oet.*, 954 y *Agam.*, 121.

Mas creemos conveniente considerar algunos extremos, que no han detenido, ni era preciso que atrajeran especialmente la atención de Fontenelle. Leibnitz se acredita en el fragmento que glosamos de maduro plasmador de hexámetros y de conocedor experto de la Sintaxis y de la Morfología latinas. Podrá resultar un tanto audaz el giro del verso 7 de nuestro fragmento (conste que nos referimos ahora, como en el caso anterior, a la numeración que nos hemos permitido adicionar al margen de la precedente transcripción de dicho fragmento) *artifici... in antro*, pero aparte de que el uso atributivo de *artifex* tiene autorizados precedentes (vid., entre ellos, los siguientes: Solin., 35, *Artifici plaga vulnerare corticem*; Plin., 12, 54, 3, *Manus libratur artificio temperamento*), en el lugar del verso en que aparece ese vocablo, sólo es admisible el ablativo adjetival *artifici*, no el ablativo *artificē* del sustantivo *artifex*. Esta última forma (*artifice*) es, por su propia contextura prosódica, inadaptable a las exigencias de las

estructuras dactílicas. Compruébese la exactitud de los precedentes asertos examinando la medida de dicho verso: *Nūp̄erūs artīfīcī cōquēret Vūlcānūs īn āntrō*. Con el ablativo del sustantivo *artifex*, *artificē*, el tercer pie comenzaría con una sílaba breve, lo que es notoriamente ilegítimo.

Tampoco en el mismo verso necesitaremos criticar con rigor excesivo el uso de *nuperus*, referido al *Vulcanus*. No es, sin duda, este giro muy corriente, pero no es tampoco reprobable. *Nuperus*, e. d., *qui nuper fuit, recens*, halla más adecuado empleo en este giro de Plauto (*Capt.* 3, 5, 60): *Recens captum hominem nuperum et novitium Te perdocere: ...*, o en esta frase de Terencio (*Heauton.*, I, I, I): *Quamquam haec inter nos nupera notitia admodum est, ...* pero sin gran violencia puede ser también aplicado para evocar la personalidad de un nuevo, insólito y reciente Vulcano (e. d., Brandt).

En el verso 9 debemos aprobar la tenida por forma sincopada *saecla*, única acomodable a las exigencias de las estructuras dactílicas, que hubieran quedado desconocidas con un censurable final de verso *sāecūlā lātērēt*, en el que sobraría una sílaba breve, precisamente la segunda de *sāecūlā*³³. Mas donde deberemos señalar algunos no desdeñables reparos, es en lo que concierne a la estructura métrica del verso 15. En dicho verso hallamos el nombre propio *Jeremias*, así escrito, que suscita toda una serie de dudas y problemas. Sabido es que *Jeremias* o *Ieremias*, es nombre de un famosísimo profeta. El nombre hebreo correspondiente יְרֵמְיָהוּ (Iirmjah), equivale a *quem Jehova constituit*, según una de las interpretaciones propuestas. En la versión de los Setenta, el equivalente griego de Iirmjah es Ἰερεμίας. Georges (vid. *Wörterbuch* s. v.) dá de las formas latinas correspondientes, estas notaciones prosódicas: *Yērēmias* -y- *Jērēmias*, invocando los testimonios de Prud. *Hamar.* 450 y Juvenc. 3, 269. Registra además la forma *Hīērēmīās, ae*, que refiere a Lact. 4, 11, 4. Con esta grafía, que presenta la aspiración prepuesta a la *i* con el signo de la *h*, uti-

³³ Un caso semejante se presenta en el verso anterior con la forma *spectaculum*, supuestamente sincopada de *spectaculum*. Con esta variante, el verso hubiera tenido un crético en el cuarto pie, que hubiera servido para deshacer la estructura legítima del hexámetro. Comprobación: leyendo *spectaculum*, tenemos hexámetro (*Ēt fors, nī tānti spēctāclūm Prīncīpīs ēsse*), mas leyendo *spectaculum*, no tenemos hexámetro y sí, en cambio, crético en cuarto pie (*Ēt fors, nī tānti spēctācūlūm Prīncīpīs ēsse*).

lizan el nombre que estudiamos Cyprian., Sulpic. Sev., Tertull., Oros, y Hieronym. En cambio, utilizan la grafía que prescinde de ese signo de aspiración prepuesto a la *i*, August., Cassiod., así como el mismo Hieronym. con otros muchos. Mas la grafía con el signo de aspiración pospuesto a la *i*, *Iheremias*, es rarísima, aunque tal particularidad aparece testimoniada en Avit. ep. 30. Todavía habrá que anotar las variantes poco utilizadas *Hiremias* vel *Heremias*. Ahora bien, ¿cuál es la contextura prosódica del nombre escrito *Jeremias*, *Ieremias*, *Hieremias* -o- *Iheremias*? Como con razón afirma Forcellini (*Totius latinitatis lexicon*, s. v.), las cantidades silábicas de esas formas deben ser deducidas de los *textos poéticos* en que aparecen utilizadas. Así, v. gr., del testimonio que hallamos en Prud. *Hamar.* 450: *Cārmīnē lūctīfīcō, quā̄m* (Babylonem) *dēflēns Iērēmīās* etc., notorio resulta que *Ieremias* es medido — — — —. Mas cabe unir las dos primeras sílabas *Iē-* en una sóla, que naturalmente será larga, abreviando la penúltima de este modo: *Hiērēmīās*, como ocurre en el texto de Juvenc., *Hist. Ev.* I, 299, *Quā̄m bōnūs Hiērēmīās dīvinō nūmīnē iūssūs*. Debo advertir que este verso de Juvenc., medido con todo rigor, engendraría el absurdo de un crético en el primer pie, pues *bonus*, seguido de *Hieremias*, e. d., *Hieremias*, necesariamente tendría que alargar su segunda sílaba, al formar posición -s final con semivocal -i- en sílaba inicial. Mas "grosso modo" considerado el caso, se mide *bonus* como pirriquo, nó como yambo. También en el texto Ambros. distich. 15 apud *Biraghi, Inni e Carmi di S. Ambrogio*, pág. 48, tenemos un verso con cierta negligencia construído, que es el siguiente: *Hīc ēst Hiērēmīās sācrātūs mātrīs īn ālvō*. Adviértase que en ese verso, sólo hay posibilidad de formar un hexámetro dando valor de larga a la primera sílaba de *sacratu*s, que ordinariamente, por hallarse en el caso de la llamada "positio debilis", es medida como breve. Si se mantiene este valor prosódico de la Métrica clásica, el verso que acabamos de transcribir presentará un crético en su tercer pie, es decir, será un verso reprobable dentro de las leyes ineluctables de las estructuras dactílicas. Pero de todas suertes, en el citado verso de San Ambrosio, *Hieremias* no puede presentar otra contextura prosódica que la que ya hemos advertido en el texto, previamente también citado, de Juvenc. Las informaciones, pues, hasta el momento recogidas, arrojan estos resultados: *Iērēmīās*, *Jērēmīās* y *Hiērēmīās*, según Georges; *Iērēmīās*,

Hierēmīās, según Forcellini³⁴. Y bien, todas estas soluciones, en parte, contradictorias y en parte, coincidentes, no justifican la estructura prosódica del verso 15 del fragmento que intentamos glosar. El tenor literal de dicho verso, es el siguiente: *Nec vestālīs eget. Jeremias cōndēret illo*. Ni la primera, ni la segunda, ni la tercera de las secuencias prosódicas de Georges citadas, encajan en el *Jeremias* del verso que glosamos. Y ocurre lo mismo con las dos respectivas secuencias autorizadas con los ejemplos de Forcellini. ¿Qué habrá que hacer para dar una apariencia de verso dactílico, de hexámetro a ese tan discutido texto? Pues medir así: *Jērēmīās*, es decir, dar valor de breve a una sílaba, la final *-as*, que aunque lo fuera originariamente -que creemos además que no lo es-, aquí en modo alguno podría ser tenida por tal, ya que termina en consonante y va subseguida por vocablo que comienza también por consonante. De modo, pues, que nuestro filósofo ha encajado en el verso que ahora comentamos el nombre propio *Jeremias* para hacer lo que ha necesitado y le ha venido en gana de la contextura prosódica de dicho nombre propio, sin tener para nada en cuenta los precedentes establecidos. Aunque el error métrico advertido es notorio e inexcusable, no debemos exagerar su importancia. Los nombres propios en la Métrica clásica y, muy especialmente, en la Métrica clásica dactílica, han sido muchas veces alterados o deformados prosódicamente para acomodarlos al rigor de las estructuras métrico-poéticas de que tales nombres formaban parte. Nuestro autor no carecía, por tanto, de precedentes para alterar, en la medida de la conveniencia y de la oportunidad de cada caso, las cantidades del pentasílabo *Ieremias*, o del cuadrisílabo *Jeremias* o *Hieremias*. De todas suertes, su decisión de hacer breve una sílaba final, larga "por posición", cuando menos, no deja de acusar cierta inexcusable arbitrariedad.

Como también debemos rechazar la errónea grafía *lethalia*, que leemos en el verso 28 de nuestro fragmento. Se escribió *lethalia*, derivado de *letum*, cuando este mismo nombre fué escrito *lethum*, porque

³⁴ En el *Diccionario de la lengua latina . . .* por Luis Macchi (s. v.), hallamos testimoniadas estas notaciones: *lerēmīās*, *jerēmīās*, *jerēmīas*. Y en el *Vocabulaire latin français des noms propres de la langue latine* de L. Quicherat (s. v.), no encontramos más que esta muy incompleta: *lērēmias*. De *Jeremias* no dá Quicherat, en la edición que hemos podido consultar, ed. del a. 1858, notación prosódica alguna. Ni Macchi, ni menos Quicherat, disipan nuestras dudas en el caso. Y no disponemos de más fuentes de información lexicográfica desgraciadamente.

erróneamente también se aceptó la etimología propuesta por Varrón, que identificaba dicho vocablo *letum* con el griego λήθη, olivio. (Vid. Forcellini, *Totius latinitatis lexicon*, s. v.). Mas la etimología de *letum*, que Walde acepta (*LEW*, s. v.), permite comparar ese vocablo con el ai. *líyate* "desaparece", *vi-li-*, "desaparecer", "hacer desaparecer", "reducir a la nada", gr. λοιμός "peste", λιμός "hambre" etc., etc., y reconstruir una forma básica indo-europea **leto-*, u otra más antigua **leio-*, o **leieto*. Con tal filiación etimológica, que parece perfectamente justificada, no hallaremos nunca razón que legitime las erróneas grafías *lethum* y *lethalia*.

Pero advertirá el lector de estas "notas" que nuestros reparos al texto de Leibnitz, aquí glosado, son más de índole lingüística que de carácter filológico. Nuestro filósofo utilizaba el latín con manifiesta soltura y hasta con cierta audacia, preocupándose de hacer de ese idioma una lengua viva en el campo de la erudición y de la filosofía, no un mero objeto de conocimiento severamente científico, en la esfera de la Lingüística comparada indo-europea y en relación con las funciones cardinales del lenguaje humano. Ciertamente, como hemos podido comprobar, este segundo aspecto estrictamente lingüístico, no es ajeno a las preocupaciones especulativas de Leibnitz, pero no se acusa con particular relieve en el uso erudito de la lengua del Lacio por dicho filósofo. En esta faceta de la actividad creadora del propio Leibnitz, se nos presenta nuestro autor con más atuendo de humanista o de filólogo, que de riguroso lingüista. Y no puede extrañarnos que así procediera en su época y en su ambiente ideal, más dado a seguir las directrices humanísticas que las lingüísticas *stricto sensu*.

Mas quedará todavía por realizar una labor, que no acometemos por el momento: trazar el preciso y completo registro de las fuentes clásicas utilizadas por Leibnitz en sus exposiciones filosóficas y eruditas, para conocer con toda precisión los sectores de las Letras grecolatinas, que fueron de un modo particular frecuentados por el filósofo de Leipzig, pero tan atractiva labor, que aun no hemos podido ni siquiera iniciar, queda proyectada ante las energías inexhaustas de quienes nos sucedan y releven en esta honrosa y evocadora, pero difícil y ardua tarea.

PEDRO URBANO GONZALEZ DE LA CALLE

Julio-agosto 1946.